

profanos y grafiteros

# Sergio Ramírez y la soledad del beisbolista: “El centerfielder” y “Juego perfecto”

Moisés Elías Fuentes



El centerfielder Tim Raines Jr. de los Orioles de Baltimore y su compañero Larry Bigbie durante un partido frente a los Medias Rojas de Boston en septiembre de 2003 en Baltimore, Maryland. (Fotografía: Doug Pensinger/Getty Images)

“EL BÉISBOL Y LA POESÍA fueron los únicos aportes positivos que dejaron las invasiones estadounidenses en Nicaragua”, aseguran muchos escritores nicaragüenses que dijo el poeta José Coronel Urtecho, aunque también adjudican la declaración a otros, por lo que preferí no constatar quién la dijo, porque lo importante de la aseveración, a pesar de ser imprecisa, es que subraya un aspecto esencial si se quiere comprender la evolución cultural del Caribe en el siglo xx, para bien y para mal: la influencia de los Estados Unidos.

Y si califico a la aseveración de imprecisa, es porque el béisbol llegó a Nicaragua en varias oleadas y no de un golpe, con la romántica imagen de los *marines* corriendo las bases, mientras los jóvenes nicaragüenses apreciaban la belleza del recién descubierto deporte; así como tampoco corresponde a la realidad la idea de los *marines* departiendo en las tertulias literarias y leyendo poemas de Ezra Pound, T.S. Eliot o William Carlos Williams.

Lo que sí es cierto y verificable es que la cultura de masas de Estados Unidos se mezcló —de manera ya agresiva, ya sutil— con las culturas populares de la cuenca del Caribe; del Golfo de México, Venezuela y de Cuba a las dos costas centroamericanas. Y en esa mezcla se incluye al béisbol, que sin dificultades sentó sus reales por casi todos los países del Caribe, por lo que un recuerdo de mi infancia es común a muchos caribeños: los mayores que literalmente sitiaban al viejo radio de transistores para escuchar el juego del sábado por la tarde, cuando amainaba un poco el sol abrialeño.

Como el rugby para varios países de África y Oceanía, o el fútbol para casi el mundo entero, el béisbol es religión en casi todo el Caribe, y de paso en varios países del Asia mayor. Nicaragua es país beisbolero a pesar de que sus vecinos, El Salvador, Honduras y Costa Rica, son moridores con el fútbol, y aunque en Nicaragua se festejan los éxitos futboleros de sus vecinos y durante los mundiales apoyan a las selecciones latinoamericanas, sobre todo las de Brasil y Argentina, la casaca que de verdad enciende las pasiones nicaragüenses es la de béisbol, y más si se juega contra las selecciones de Cuba o Estados Unidos, sempiternos cocos de la selección “pinolera”.

Curiosamente, a pesar de tal tradición, pocos escritores le han dedicado algunas de sus páginas al béisbol. Prueba de ello es que las pocas historias de este juego en Nicaragua que se han escrito se advierten faltas de sustento, demasiado panorámicas o demasiado anecdóticas, lo que deja una pobre idea de cómo arraigó en la cultura popular este juego, porque la clave de todo deporte es, al fin y al cabo, cómo se convierte en parte de los rasgos identitarios de un pueblo, y el viejo *New York Game* es desde hace mucho uno de los rasgos que dan identidad y sentido de pertenencia a buena parte de la cuenca caribeña.

He dicho que casi ningún escritor nicaragüense ha dedicado algunas de sus páginas al béisbol, pero señalo que esos pocos por lo común han regalado páginas dignas de leerse y releerse. Curioso, no siempre se trata de fanáticos de los que atiborran los parques de pelota los fines de semana, pero sí autores que han percibido a plenitud las aristas de un juego de suyo extraño, donde un jugador solitario tiene que sortear la habilidad de nueve contrarios.

Cuentista, novelista, ensayista, desde los inicios de su carrera literaria, Sergio Ramírez destacó por su agudeza para captar los grandes temas de la historia nicaragüense y reflejarlos mediante una prosa depurada en la que se combina la parquedad descriptiva con el habla popular, de manera tal que ha evitado caer en los folklorismos de *souvenir* que dañan la prosa de otros centroamericanos. Pero así como aborda la historia, Ramírez también tiene buen ojo para los temas populares, y el béisbol nicaragüense le debe al menos los dos cuentos que motivan estas líneas.

Nacido en Nicaragua el cinco de agosto de 1942, como todos los escritores surgidos hacia la década de 1960, Ramírez atestiguó la época de oro del béisbol nicaragüense, en la que surgieron leyendas beisboleras y sus días de triunfos monumentales, aunque también de fracasos estrepitosos que hundieron en el olvido a quienes los sufrieron. Y es ese microcosmos de éxitos efímeros y derrotas interminables la base sobre la que Ramírez escribió en aquella década “El centerfielder”, el relato de un ex beisbolista agobiado por el infranqueable recuerdo de un único error en el campo, que terminó redefiniendo su vida.

Escrito y publicado en 1969 como parte del libro *Nuevos cuentos* e incorporado después al volumen de *Charles Atlas también muere*, publicado en 1976, “El centerfielder” se sostiene en uno de los recursos técnicos preferidos de Ramírez: la elipsis narrativa, que funciona aquí para relatar la historia del “Matraca” Parrales, ex jardinero central de las ligas profesionales, preso bajo la acusación de colaborar con la guerrilla que lucha contra la dictadura del general Anastasio Somoza Debayle.

Afecto a los temas históricos, en “El centerfielder” Ramírez utiliza a la historia como telón de fondo, al punto que no se menciona al entonces clandestino Frente Sandinista ni al dictador Somoza, sino que ambos emergen para los lectores por el contexto y el año en que está fechado el cuento. El drama esencial del cuento no es el del ex beisbolista y su relación con el movimiento guerrillero, sino la relación de aquél consigo mismo, así como las consecuencias de su personal toma de conciencia humana.

El “Matraca” Parrales no está agobiado por la acusación que pesa en su contra, sino por el peso de un error como jugador que no lo ha dejado desde el instante en que ocurrió. El cuento, pues, se divide en dos tensiones, la del recuerdo y la del presente:

Era casi igual la plaza, con los guarumos junto al atrio de la iglesia y yo con mi manopla patrullando el centerfield, el único de los fielders que tenía una manopla de lona era yo y los demás tenían que coger a mano pelada, y a las seis de la tarde seguía fildeando aunque casi no se veía pero no se me iba ningún batazo, y sólo por su rumor presentía la bola que venía como una paloma a caer en mi mano.

—Aquí está, capitán —dijo el guardia asomando la cabeza por la puerta entreabierta. Desde dentro venía el zumbido del aparato del aire acondicionado.<sup>1</sup>

Joven escritor al concebir este cuento, se advierte cierta vaguedad en el relato del nicaragüense, que quizá pudo haber estructurado un discurso más fluido y amplio. Pero apartando este desliz, resalta la habilidad de Ramírez para el manejo del tiempo narrativo y en especial el uso de la analepsis, la que trabaja con tanta fineza que da el efecto de entablar un diálogo con el presente. Acosado por su falta como jugador, la que malogró su carrera deportiva, Parrales vislumbra la posible redención al no traicionar a los guerrilleros

<sup>1</sup> Sergio Ramírez, “El centerfielder”, en *Perdón y olvido. Antología de cuentos (1960-2009)*. Selección y edición de Francisco Ruiz Udiel y Ulises Juárez Polanco, Leteo Ediciones, Managua, 2009.

camaradas de su hijo; toma de conciencia que no es ideológica, sino humana. Por ello el sacrificio del centerfielder es el momento clave en que puede volver al pasado y atrapar la bola que perdió años atrás en un partido contra Aruba:

—Era beisbolista, así que inventate cualquier babosada: que estaba jugando con los otros presos, que era centerfielder, que le llegó un batazo contra el muro, que aprovechó para subirse al almendro, que se saltó la tapia, que corriendo en el solar del rastro lo tiramos.

De manera sobria, pero no fría, Ramírez emparenta las dos realidades de la Nicaragua de entonces: la de las aspiraciones de gloria y fama propias de un pueblo ayuno de ellas, y las de un sistema dictatorial que había impuesto su personal y muy cruel versión de la realidad. Entre ambas, el béisbol como único alivio posible.

Pero si “El centerfielder” lo escribió un joven, “Juego perfecto” lo hilvanó un autor ya veterano, dueño de una técnica más definida pero aun así capaz de hacerla a un lado para permitirse otra incursión, desde el plano de la sensibilidad, en el microcosmos beisbolero. De la mano de un viejo que asiste todos los días al estadio para presenciar el improbable debut de su hijo como pitcher, Ramírez se da el lujo, incluso, de ubicar el debut del jugador todavía adolescente en un partido entre el San Fernando de Masaya y el Bóer de Managua, dos equipos de vieja data en las ligas nicaragüenses.

Publicado en la colección de cuentos *Clave de sol* en 1992, y reeditado como título de una colección de cuentos, en su mayoría deportivos, editada por Ramírez en 2008, “Juego perfecto” entraña uno de los temas caros a la narrativa deportiva de Ramírez: la soledad de la derrota, que en este caso carga un muchacho de diecisiete años, aunque es todo el equipo el que perdió el juego. Con inteligencia, Ramírez comprende la fluctuación de tensiones y distensiones que distinguen al béisbol y las vierte en el relato de una manera equilibrada:

Y la apertura del séptimo inning, el inning de la suerte. El San Fernando al bate: un hombre recibió una base

por bolas, pero no logró pasar de primera, lo agarraron movido; después un hit más, pero no hubo nada, una línea de aire a las manos del pitcher, un ponchado, el juego iba rápido.

Otra vez el Bóer iba a batear y en el *lucky seven*, al muchacho le tocaba enfrentar la batería gruesa, una carga pesada aquí en el cierre del séptimo inning, el inning de las cábalas, las sorpresas y los sustos. A temblar todo el mundo.<sup>2</sup>

En “Juego perfecto”, Ramírez traza un relato lineal, cuya emotividad surge de su sencillez y cotidianidad; no por nada la narración “sólo en apariencia” se centra en los personajes que acompañan al padre del joven pitcher, y digo sólo en apariencia, porque tanto padre como hijo están solos, preparados para el triunfo o la derrota, el extraño instante en que el jugador, y nosotros con él, comprende que el béisbol no es sino una metáfora de la vida, en que alguien sale de casa y anda por terrenos hostiles hasta que regresa al hogar, el *home* anhelado pero no siempre recobrado. Y es en la conciencia de la soledad donde Ramírez consigue uno de sus mejores pasajes narrativos, que recupera la belleza y la dureza del béisbol, que es en el fondo lo que admiramos de este viejo y generoso deporte:

Mientras comía se quitó la gorra para secarse el sudor del pelo y una ráfaga de viento que arrastraba polvo desde el diamante se le llevó la gorra. Él se levantó presuroso para ir tras la gorra del muchacho, y logró recogerla más allá del *home plate*.

Del lado del rightfield comenzaron a apagar las torres. Sólo quedaban los dos en el estadio, rodeados por las graderías silenciosas que empezaban a ser invadidas por la oscuridad.

Volvió con la gorra y se la puso cuidadosamente en la cabeza al muchacho, que seguía comiendo. ■■

<sup>2</sup> Sergio Ramírez, “Juego perfecto”, *op. cit.*